FUNDADO EN VALPARAISO EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1827

Año CIV. — Núm. 34,159

EL MERCURIO

M. C. R.

Es Propiedad

FUNDADO EN SANTIAGO EL 1.o DE JUNIO DE 19

Año XXXI. — Núm. 1

PRECIO: 30 CENTAVOS

SANTIAGO DE CHILE domingo 3 de mayo de 1931

PRECIO: 30 CENTAVOS

LA EXTRAÑA AVENTURA DEL ESTUDIANTE PROPPOLUS

Por Juan Marín

SERIAN las tres del amanecer cuando se separaron los cuatro amigos en la puerta del "Pop' s Club", en Golden Square, a dos pasos de Piccadilly Circus.

Había sido una juerga fenomenal, "de esas que hacen época", como decía el Capitán Torres, uno de los asistentes, la que venía de tener lugar con motivo de la designación de Attaché Aéreo en Italia que acababan de notificarle por cable a Justo Molina.

Cuánto champagne y cuánto whisky se había bebido, no era fácil en tales instantes precisarlo. Lo que había de positivo era que los cuatro amigos y las dos muchachas que los acompañaban, estaban total y ostensiblemente borrachos.

Era una noche londinense típica de mediados de enero, con un frío húmedo que amorataba las narices y una neblina espesa y fina que empañaba las luces de la calle y los vidrios de los automóviles.

Las dos chicas inglesas, dos "dancers-girls" del Club, se colgaron del brazo de sus respectivos amigos.

—Hallo boys... Good night... Till to morrow..!

Los taxis se acercaban hasta el borde de la calzada, ofreciéndoles la blandura de sus asientos tibios y acogedores.

En un coche subió Torres con su gringa, una rubia muy "ángel-face", cuyas facciones de impecable pureza, contrastaban brutalmente con sus modos desenfadados y con las obscenidades que solía decir en medio de la mayor naturalidad.

En otro coche se embarcó Molina, el festejado, un aviador argentino, cantor y bailarín de tangos, con su amiga de más de un año de aventuras, una escocesa alta y morena que, por el brillo de sus ojos obscuros y los bandós de su peinado liso, más parecía arrancada a un cuadro de Romero de Torres, que nacida en los suburbios brumosos de Edimburgo.

Quedaron en la puerta del Club, el pintor Gamarra, un colombiano de fantásticas riquezas y el estudiante griego Demetrio Propoulos, del Trinity College de Oxford.

Encendió el colombiano un cigarrillo y luego, echándose en el fondo del primer auto que se le ofrecía, invitó al griego.

—Eh, tú... hijo de Pericles y de Minerva, te vienes al Hotel inmediatamente... Si te quedas cinco minutos más en ese sitio, vas a curar a todos los choferes de taxis londinenses, en diez cuadras a la redonda. Te traes una parafina en el aliento..!

—Eso crees tú, salvaje tropical... Ignoras que el alcohol, al través de mí, se sublima y se transforma en espíritu... ¡Siento que el divino Apolo bate sus alas en mi frente. Yo soy el último heredero de los Dioses. Las Musas del Olimpo me reverencian...!

—Sí... Tienes razón, dijo Gamarra, saltando del auto con la agilidad que su estado se lo permitía. Ahí viene un coro de Musas, mas no del Olimpo, sino del "Olympia"... Mira cómo nos llaman..!

—Vete tú solo, trópico encendido, zona tórrida. Anda y oficia tus ritos profanos y selváticos... Abrázalas... Bésalas... Bésalas a todas en tu nombre y en el mío..!

El grupo de buscadoras de amor, recibía con grandes carcajadas y muestras de afecto al artista, que sacaba del bolsillo de su gabán una pequeña botellita plateada de la cual todas querían beber.

Luego cruzaron la plazoleta riendo de los versos que Gamarra les declamaba y se perdieron en la sombra...

...mi carne han macerado con manos fabulosas.

una por cada pecado capital...

fué lo último que se oyó como un eco que hubiera quedado prendido entre las ramas deshojadas de los árboles.

Quedó Propoulos solo frente a la puerta del Club, alzado el cuello del abrigo negro y envuelto el rostro hasta los ojos en la blanca bufanda de seda.

Vacilaba entre tomar del lado de Piccadilly Circus o bien hacia Strathbury Street.

—El señor haría bien en irse a casa esta noche, exclamó acercándosele el portero del Club, un gigante rubio de Lancaster... To-night is an awfully night... Very, very foggy...!

—Oh... Tú, enorme súbdito británico, tú, ¿qué sabes? Tú no puedes comprender el espíritu de un griego. Dime ¿conoces tú, acaso, la Hélade... la Hélade inmortal..?

Echó mano al bolsillo de su frac y arrojó algunos chelines en la diestra del inglés.

—Bueno, viejo... Será hasta mañana... Hazme el favor de decirle a Doris, que vendré a las siete a buscarla para ir al Tivoli... La llevaré a comer a Cyro's... ¿Verdad que es una buena muchacha..?

—Oh, yes Sir... Thankyou very much Sir... Good night Sir..!!

Los choferes se ofrecían insistentes, abriendo la portezuela de sus coches... Táxi, Sir..!! Táxi, Sir..!

—Atrás todos..!! Bárbaros del norte..!! Un griego camina a pie. Soy el último peripatético. La sombra de Platón me acompaña..!!

Comenzó a andar, tambaleándose, a lo largo de la plazoleta, dobló una esquina y siguió su solitaria marcha.

Atravesó las calles centrales, pasó por Charing-Cross, estaciones de Under Ground y de Ferrocarriles.

Luego se dió cuenta de que cruzaba las tortuosas calles de la City. Llegó a un puente. Abajo el río pasaba ancho y correntoso. De vez en cuando surgía de la niebla el farol rojo de una chata carbonera, o un remolcador azotaba con su silbido la entraña espesa de la noche.

Continuó su marcha vacilante, pero lleno de una extraña energía que lo impulsaba a caminar sin descanso. Llegaba a los muelles y atracaderos del puerto, abajo, muy abajo sobre el Támesis. Ni una sombra se cruzaba en su camino. Siguió su marcha. Anduvo muchas cuadras más. ¿Cuántas..? Después de un largo rato de caminar sin detenerse, se encontró junto a la verja húmeda de una especie de pequeño parque semi abandonado. En sus cuatro años de londinense, no recordaba haber pasado jamás por un sitio como ése.

Un profundo silencio lo envolvía. Le parecía que del otro lado de la reja había un gran charco de agua y no se atrevió a pasar. Además, empezaba a sentir un cansancio invencible y el sopor alcohólico pesaba terriblemente sobre sus párpados.

—En buena me he metido... ¿Cómo encuentro yo ahora el camino de mi Hotel? No se divisa un policeman ni por broma.

Se apoyó contra la verja, sacó su pitillera de oro y encendió un cigarrillo mientras se decidía a tomar una determinación.

De pronto, como si hubiera surgido de la llama, una voz femenina habló en su oído.

—Hallo boy..! ¿Quieres venir conmigo..? Vivo aquí muy cerca... Anda... La pieza estará calientita... Habrá whisky y té fragante de China... Anda..!

Ante lo inesperado de la aparición, el muchacho tuvo al principio un leve sobresalto.

Después soltó una sonora carcajada.

—Se diría que el mismo Zeus os envía en ayuda del último helenense... Decidme... ¿Quién sois..? Diana Cazadora, Venus o la ninfa Corife que los sátiros raptaron en la noche de Walpurgis..?

—Anda, buenmozo, déjate de decir tonterías y vamos andando.

Lo enlazó ella tomándose de su brazo, mientras con la otra mano agitaba en el aire su paraguas.

—¿Cómo te llamas, precioso?—dijo insinuante.

—Yo soy Dálico, el discípulo predilecto de Platón. Yo vengo fugado de Eleusis. Yo soy...

—Oh..! Cállate. Dejarás alguna vez de hablar en ese tono... Me aburres con tanta palabra que yo no entiendo..! ¿Qué? ¿Eres italiano..?

—¿Yo, italiano..? Demonios... ¿Pero quién eres tú, entonces, mujer inferior e infecta, que no comprendes el divino idioma de los inmortales, la lengua de Homero, la que...

Acercó su rostro al de ella para mirarla. Una bufanda de colores escoceses, sucia y deshilachada, le cubría la cara, no dejando más que los ojos al descubierto: dos ojos chicos y redondos, sin pestañas y lacrimosos... Un mechón de pelo rojo y espeso asomaba bajo la boina de lana azul marino. Era una mujer baja, algo gorda y de andar muy rápido y liviano. Llevaba los vestidos cortísimos, casi por encima de las rodillas y las piernas, delgadas, se veían forradas en medias de lana a cuadros.

—Verás, verás qué bien vamos a pasar... Ja... Ja... Ja... ¿Llevas dinero? Tú debes ser un hombre muy rico... ¿verdad..?

—¿Yo? Yo soy el heredero de Azurbanipal de Babilonia..Ja... Ja... Ja...!

A medida que caminaban, parecían hundirse en una ciudad muerta y sin ruidos. De trecho en trecho un farol mortecino dejaba ver un trozo de muro negro y herrumbroso.

Ni un alma transitaba en ese sector alucinante que parecía un aguafuerte de Durero o un paisaje de Boeckling, la "Isla de los Muertos".

Cruzaron una línea de tranvías eléctricos, de lo cual dedujo confusamente Propoulos, que debían estar en los extramuros de la ciudad.

El cansancio y el sueño se acentuaban en él. Caminaba llevado, sostenido, por el brazo firme y musculoso de su compañera.

Llegaron a una casa de apariencias exactamente iguales a las de cualquier casa inglesa, en cualquier ciudad y en muchas cuadras a la redonda. No se habría podido distinguir de la del lado, sino por el número.

—Anda, muchacho..! No, por allí no..! ¡Es acá... Tienes que bajar estos tramos!

La mujer empujaba a Propoulos hacia una escala subterránea como las de servicio de las casas.

Abrió ella su bolso miserable y sacó una llave.

Una vez que entraron volvió a cerrar con llave por dentro.

Era un dormitorio sucio y destartalado, con una silla frente a una mesa en la que había una lámpara de parafina, y una cama de ropas grisáceas sobre un catre de fierro.

—Anda, quítate el abrigo. Te daré whisky; ¡dame una libra!

Alargó el griego su mano con un puñado de chelines.

Del fondo de un mueble, que bien pudiera ser un estante o un lavabo, sacó ella una botella medio vacía y llenó las dos copas.

—¡Cheery-oh...!

—¡Cheery-ooooh!

El whisky apestaba tremendamente a parafina y a madera seca. Era un licor de ínfima categoría que bajaba ardiendo a lo largo del esófago. En la semipenumbra rojiza veía Propoulos ahora a su compañera de la noche.

Un rostro amoratado y lleno de vénulas dilatadas y varicosas. Rostro de alcohólica, sacudido a ratos por un horrible tic que le contraía todo un lado de la cara y del cuerpo. Las manos le temblaban a tal punto que casi no podía encender su cigarrillo. La boca desdentada se hundía como la de una septuagenaria, pero los labios eran gruesos y carnosos, llenos de ulceraciones en las comisuras. Uno que otro diente se veía amarillento y verdoso cual cubierto de musgo, cuando ella reía.

Bebieron varias copas en silencio.

Los ojillos de ella brillaban con raro fulgor.

Propoulos comenzaba a despertar al influjo del alcohol, como quien vuelve de un sueño. Su conciencia salía lentamente del marasmo y empezaba a raciocinar de nuevo.

Miró el reloj de "cuco" que había sobre el velador... Eran las cuatro y media de la mañana.

—Bueno, vieja querida, dijo y se incorporó golpeándole cariñosamente una mejilla... Es hora de irse a casa.

—Cómo. ¿Irte a casa ahora? ¿Así engañas a una pobre mujer que no hace más que quererte?

Lo abrazó sentándolo sobre sus rodillas, zalamera.

—¿Verdad chiquillo que no te irás? Ven. Yo te abrigaré. ¡Qué noche tan fría! Vas a dormir como un angelito... Yo velaré tu sueño... Yo me quedaré aquí sentadita.

—No, darling. Necesito irme a mi hotel. Debo hoy regresar a mi colegio en Oxford. A las nueve de la mañana tengo que estar listo, bañado, afeitado, cambiado de ropas. ¿Te imaginas verme llegando de frac y sin afeitarme a las puertas del Trinity? No. Me voy. Toma. Ahí va tu salario.

Pero la mujer había cambiado bruscamente de actitud. De melosa y suave se transformó en frenética. Saltó como una gata junto a la puerta.

—¡No! gritó. Tú no sales de aquí. No puedes engañarme de este modo. No me engañarás. No. ¿Qué te has creído? Además — y aquí bajó la voz, haciéndola trémula y misteriosa — además, "El" está por llegar. ¡Y si me encuentra sola... me mataría!... En cambio, si estás tú, entonces...

—¡Eh! ¡Qué es eso! ¿Con qué tonterías me vienes. ¿De quién me hablas? Yo no he engañado a nadie. ¡Ahí tienes! Van cinco libras. ¿Ganaste alguna vez esa tarifa cuando tenías dieciocho años? ¡Vamos, vieja bruja, déjame salir!...

—No. No saldrás.

—Dame la llave de esa puerta, o si no te rompo el alma, vieja borracha.

—Te digo que no saldrás, [illegible]

Tuvo Propoulos un momento de perplejidad, no sabiendo si tomar en serio o echar a la broma [illegible] comedia que la mujer le obligaba a representar.

—¿Quién... [illegible] de quién me hablas?, preguntó irritado.

—¡Qué sabes tú! No lo conoces, ni lo conocerás nunca. ¿Entiendes? Acuéstate. O siéntate. Bebe otra copa de whisky.

—Te digo que he de salir aunque tenga que partirte la cabeza, vieja bruja, exclamó el muchacho abalanzándose hacia la puerta.

Rápida, con agilidad de mono, la mujer se abalanzó sobre la lámpara y la apagó. Después, en la sombra, sintió Propoulos que dos brazos robustos, de extraordinaria fuerza, apretaban como tenazas su cuerpo.

Una especie de alarido contenido, que casi era un sollozo, se escapaba de la garganta enronquecida del monstruo.

Luchando, derribaron la mesa, se tumbaron sobre el lecho y el abrazo mortal de ella parecía tener a ratos la voluptuosidad de un nudo de lujuria. Su boca buscaba la de él, sin que él adivinara si quería morderlo ferozmente, arrancarle los labios o succionarle el alma con un beso de vampiro.

¿Cuánto rato duró aquella feroz lucha a muerte?

Los brazos de hierro apretaban cada vez con más fuerza y el muchacho empezaba a sentir la angustia espantosa de una montaña sobre su corazón.

—Suéltame. No puedo más. No pueee...

Sintió que se desvanecía. Las venas del cuello, las de la frente, los ojos, parecíale que iban a estallar.

No pudo hablar más. La boca espesa, húmeda, babeante de la mujer se ajustó sobre la suya como una ventosa...

A las 7 de la mañana de ese día, un policeman encontró al estudiante griego Demetrio Propoulos tendido sobre el pavimento a la entrada del Sailor's Park, en el fondo de la White-Chapel, al final de Commercial Road.

Vestía frac, abrigo negro y bufanda de seda blanca arrollada al cuello.

Conducido a la estación de policía más cercana, el médico formuló como único diagnóstico un estado de embriaguez sobreagudo y algunas contusiones y magulladuras provenientes, al parecer, de algún pugilato nocturno.

En sus bolsillos encontraron los documentos que acreditaban su identidad, y una vez averiguado su domicilio y su calidad de Agregado a la Legación de Grecia, se avisó al hotel para que alguien fuera a buscarlo.

Despertaron a Torres, a Molina y a Gamarra, que dormían profundamente los efectos de la descomunal juerga de la noche.

El primero en saber la noticia fué Torres, que salió como un loco a despertar a los camaradas.

—Hombre, no sabes, al griego lo tienen preso... Parece que está herido. Hay que ir a buscarlo.

Alarmadísimos salieron los tres amigos en un taxi y después de una hora de fantástica carrera al través de las avenidas del centro, cruzando los dockyards, pasando el laberinto de la City, las callejuelas de judíos y tabernas de marineros, llegaron a la estación de policía del distrito.

Propoulos estaba todavía allí sin recobrar el conocimiento.

Registraron su cartera y la encontraron repleta de billetes.

Las perlas de su camisa no habían sido tocadas. El reloj y la finísima cadena de oro con las medallas ganadas en torneos deportivos, allí en los bolsillos del chaleco blanco. La pitillera de oro, todo en su bolsillo.

Sólo las manos y la cara presentaban las huellas de una lucha salvaje, lucha a muerte, con mordeduras y arañazos.

Los labios mordidos y sangrantes aparecían hinchados y llenos de desgarraduras. Condujeron al amigo al hotel, allá en el

CONTINUA EN LA PAG. 6